



# La Santa Sede

---

**DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO  
A LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DE LAS MISERICORDIAS DE ITALIA  
EN EL ANIVERSARIO DE LA AUDIENCIA DEL 14 DE JUNIO DE 1986  
CON EL PAPA JUAN PABLO II**

*Plaza de San Pedro  
Sábado 14 de junio de 2014*

## Video

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Os dirijo mi saludo a todos vosotros, que formáis parte de las «Misericordias» de Italia y de los grupos «Fratres», y también a vuestros familiares y a las personas asistidas que han podido unirse a vuestra peregrinación. Saludo a monseñor Franco Agostinelli, obispo de Prato y vuestro corrector general, y al presidente nacional de vuestra confederación, señor Roberto Trucchi, agradeciéndoles las palabras con las que han introducido este encuentro. A todos os manifiesto mi aprecio por la importante obra que realizáis en favor del prójimo que sufre.

Las «Misericordias», antigua expresión del laicado católico y bien arraigadas en el territorio italiano, están comprometidas a testimoniar el evangelio de la caridad entre los enfermos, los ancianos, los discapacitados, los menores, los inmigrantes y los pobres. Todo vuestro servicio cobra sentido y forma de esta palabra: «misericordia», palabra latina cuyo significado etimológico es «*miseris cor dare*», «dar el corazón a los míseros», a los que tienen necesidad, a los que sufren.

Es lo que ha hecho Jesús: ha abierto de par en par su Corazón a la miseria del hombre. El Evangelio es rico en episodios que presentan la misericordia de Jesús, la gratuidad de su amor a los que sufren y a los débiles. A través de los relatos evangélicos podemos captar la cercanía, la bondad, la ternura con que Jesús se acercaba a las personas que sufrían y las consolaba, las

aliviaba y, a menudo, las curaba. Siguiendo el ejemplo de nuestro Maestro, también nosotros estamos llamados a acercarnos, a compartir la condición de las personas que encontramos. Es necesario que nuestras palabras, nuestros gestos y nuestras actitudes expresen la solidaridad, la voluntad de no permanecer indiferentes al dolor de los demás, y esto con calor fraterno y sin caer en ninguna forma de paternalismo.

Tenemos a disposición muchas informaciones y estadísticas sobre la pobreza y las tribulaciones humanas. Existe el riesgo de ser espectadores informadísimos y desencarnados de estas realidades, o de pronunciar hermosos discursos que se concluyen con soluciones verbales y desinterés por los problemas reales. Demasiadas palabras, demasiadas palabras, demasiadas palabras, pero no se hace nada. Este es un riesgo. No es el vuestro; vosotros trabajáis, trabajáis bien, bien. Pero existe el riesgo... Cuando oigo algunas conversaciones entre personas que conocen las estadísticas: ¡Qué barbaridad, padre! ¡Qué barbaridad, qué barbaridad!». «Pero, ¿qué haces tú contra esta barbaridad?». Nada, hablo. Y esto no resuelve nada. ¡Hemos oído tantas palabras! Lo que hace falta es actuar, vuestra obra, el testimonio cristiano, ir a los que sufren, acercarse como hizo Jesús. Imitemos a Jesús: va por los caminos y no ha planificado ni a los pobres ni a los enfermos, ni a los inválidos que encuentra a lo largo del camino; pero se detiene ante el primero que encuentra, y se transforma en presencia que socorre, signo de la cercanía de Dios que es bondad, providencia y amor.

La actividad de vuestras asociaciones se inspira en las siete obras de misericordia corporal, que me agrada recordar, porque hará bien oírlas una vez más: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, visitar al enfermo, visitar a los presos y enterrar a los muertos. Os animo a llevar adelante con alegría vuestra acción y a modelarla conforme a la de Cristo, dejando que todos los que sufren puedan encontraros y contar con vosotros en el momento de necesidad.

Queridos hermanos y hermanas, ¡gracias! Gracias una vez más a todos vosotros por lo que hacéis. ¡Gracias! Que las «Misericordias» y los grupos «Fratres» sigan siendo lugares de acogida y gratuidad, en el signo del auténtico amor misericordioso a toda persona. Que el Señor os bendiga y la Virgen os proteja. ¡Gracias!

Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. También yo lo necesito. ¡Gracias!